

entonces. La nobleza abrazaba la carrera de las armas, como la mas á propósito para ilustrar su nombre con servicios prestados á la patria, y cada noble buscaba en las campañas que en aquella edad sostenia la España en diversos países, la manera de ilustrar su nombre. El descubrimiento del Nuevo Mundo, presentó á los hijos de la nacion mas romántica y emprendedora de aquel siglo, un vasto campo donde poder realizar las aspiraciones de gloria; y ávidos de maravillosas aventuras, cruzaron el Océano en frágiles naves, presentándose en las apartadas y vírgenes regiones de la América, como héroes de una salvadora cruzada.

Aunque podia considerarse como espirante para otros países la edad de la caballería, aun se conservaba su espíritu en España. El caballero español, amante de los peligros, corria en pos de ellos; y siempre estaba dispuesto á esgrimir la espada ó la lanza por su Dios, por su rey y por su patria. Lleno de fé, jamás contaba el número de sus contrarios, si eran infieles; y al grito de guerra de «Santiago,» acometia sin temor, considerándose como soldado de Cristo, que estaba en el deber de morir ó de vencer. Cuando se ocultaba para otras naciones el sol que habia alumbrado su deslumbrante época de caballería, lucía aun para España un hermoso crepúsculo, en que proporcionó á todos los países de la tierra bienes imperecederos de bien social, de comercio y de adelanto.

Aquel crepúsculo de la edad de la caballería, fué el descubrimiento del Nuevo Mundo. Crepúsculo grandioso, fecundo en bienes de positiva felicidad social. Crepúsculo que dió lugar á hechos que excedieron á los fingidos

anteriormente por la imaginacion de los poetas. A hechos que han llegado á formar, no un libro fingido de caballería, sino un libro muy superior en acontecimientos sublimes á los consignados en esos mismos libros.

Ese libro en que se ven trazados, con rasgos incontestables de verdad, los valientes hechos de los habitantes de las auríferas regiones de Anáhuac y de los españoles que en ellas combatieron, es la conquista de Méjico.

No hay ninguna leyenda de caballerías, cuyos héroes puedan competir con los que presenta esa época notable.

La conquista de Méjico es verdaderamente un poema.

España cerró la última página de su época caballescá, con la obra mas sublime que han presenciado las generaciones pasadas y presentes: con la union de un mundo ignorado por la Europa, al mundo por ella conocido. ¡Venturoso crepúsculo de la caballería, que unió á la familia humana de uno y otro hemisferio, con los lazos de la fraternidad, del comercio, de la ciencia y de todos los adelantos que constituyen la felicidad del hombre!

Se ha dicho por algunos historiadores que Hernan Cortés buscó al valiente guerrero tlaxcalteca que fué el primero en aparecer á su lado, y que no hallándole en ninguna parte, atribuyó, por la devocion que tenia á San Pedro, que este santo le habia ayudado (1).

Nada dice el general español, respecto de haber buscado al indio al siguiente dia, ni llega á indicar siquiera, que atribuyó á su favor y ayuda de santo ninguno su salva-

(1) «Otro dia buscó Cortés al indio que le socorrió, y ni muerto ni vivo pareció; y Cortés, por la devocion de San Pedro, juzgó que él le habia ayudado.»
—Herrera. Hist. general.

cion. Tampoco hace mencion, la mas ligera, Gomara; y el mismo silencio guarda Bernal Diaz del Castillo, que indudablemente no hubiera dejado de referir ninguna de las dos cosas, á tenerse por cierto el caso en el ejército. En otros encuentros hemos visto á los dos atribuir el triunfo á distinguido favor del cielo; pero en el caso referido, ni una sola palabra ponen que indique que juzgaron la aparicion del tlaxcalteca como milagrosa, sino muy natural y sencilla (1). Es sensible que los escritores que toman á su cargo dar á conocer los hombres y sus actos, consignent, como un hecho indubitable, anécdotas que no tienen mas base que la suposicion, prefiriéndolas á lo consignado por el individuo mismo que fué principal actor en los acontecimientos que se refieren.

Derrotadas las tropas mejicanas, los españoles pensaron en curarse de sus heridas. Cristóbal de Olea, se hallaba cubierto de sangre de las tres profundas y graves que habia recibido al acudir en auxilio de su general (2). Hernan

(1) Con mucha sencillez y sin dar la importancia de milagro, dice Cortés en su tercera carta: «Y un indio de los de Tascaltecal, como me vió en necesidad, llegóse á me ayudar, y él y un mozo mio que luego llegó levantamos el caballo.» Esto es todo lo que dice el general. La creencia de que fué San Pedro quien le auxilió, pertenece exclusivamente á los autores de la anécdota que la traen, Herrera y Torquemada, sin que haya podido averiguar de dónde la tomaron.

(2) Aunque Hernan Cortés no hace mencion especial de Cristóbal de Olea, no por esto hay motivo para dudar que él fué quien despues del tlaxcalteca se presentó en auxilio de su jefe. Este, sin duda por no extenderse en sus cartas, omite muchas cosas importantes y curiosas que encontramos en Bernal Diaz. Este, que describe menudamente la batalla de Xochimilco, hace mencion del tlaxcalteca que llegó primero y en seguida Cristóbal de Olea, á quien vió herido y á cuyo lado combatió. Hé aquí lo que dice el valiente veterano, que tenia bien presentes los hechos. «Y Cortés que se halló en aquella gran presa,

Cortés, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, se encontraban tambien heridos, lo mismo que la mayor parte de los soldados. Para curarse, entraron á un espacioso patio de una casa próxima, mientras el ejército recorria la ciudad por varios puntos de ella.

La curacion se reducía á quemar las heridas con aceite, y apretarlas con lienzos de algodón (1). En los momentos en que estaban los españoles entregados á la curacion de los heridos, se escucharon los horrendos alaridos de guerra, lanzados por los mejicanos que, en numerosos escuadrones, penetraron en varias calles de la ciudad. Fuertes y animosos se dirigieron al patio en que se hallaba Hernan Cortés, y arrojaron una lluvia de flechas que hirió á bastantes soldados. Acometidos por la caballeria y la infanteria, resistieron por algun tiempo el choque con denuedo, hiriendo dos caballos y matando á un soldado, pero viéndose diezmados por el filo de las cortantes hojas toledanas, se acogieron á la laguna, dejando considerable número de cadáveres en el campo.

y el caballo en que iba, que era muy bueno, castaño oscuro, que le llamaban el Romo, ú de muy gordo ó de cansado, como estaba holgado, desmayó el caballo... En aquel instante llegaron muchos más guerreros mejicanos para sí pudieran apañarle vivo á Cortés; y como aquello vieron unos tlaxcaltecas y un soldado muy esforzado, que se decia Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja, de la tierra de Medina del Campo, de presto llegaron y á buenas cuchilladas y estocadas hicieron lugar; y tornó Cortés á cabalgar, aunque bien herido en la cabeza, y quedó el Olea muy malamente herido de tres cuchilladas; y en aquel tiempo acudimos, etc.» Así se comprende que mientras Cristóbal de Olea luchaba, llamando sobre sí la ira de los mejicanos, el bravo tlaxcalteca que habia acudido primero y el criado de Cortés, pudieron levantar el caballo, sin verse acometidos.

(1). «Pues ya que estábamos curando los heridos con quemalles con aceite é apretalles con mantas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Así despues de largas horas de sangrienta lucha, quedaron los españoles dueños de la ciudad. Hernan Cortés mandó á los aliados que cegasen con piedra y adobes los puentes de las acequias que estaban rotos, dejando así expedito el paso á los caballos, y terminada la obra, se alojó con su gente en los edificios contiguos al templo principal, que era el mas fuerte y dominante.

Deseando observar lo que en los alrededores de la poblacion pasaba, subió con varios capitanes y soldados al átrio superior del *teocalli*. Desde allí se dominaba toda la campiña y el extenso lago. Era la hora en que el sol se acercaba majestuosamente hácia el ocaso, enviando su tibia luz sobre la tierra.

El caudillo español tendió la vista por el pais que le rodeaba. El espectáculo que se presentó á sus ojos, hubiera servido para aterrar á cualquiera otro hombre que no hubiese tenido el extraordinario espíritu, el heroico valor y la sangre fria que distinguian á Hernan Cortés. Mas de dos mil canoas, cubiertas de guerreros, se veian sobre las tranquilas aguas del salobre lago, marchando en direccion á la plaza que ocupaba, al mismo tiempo que la campiña, la calzada y los caminos se hallaban cubiertos de poderosos escuadrones que se aprestaban para el combate. Eran dos ejércitos formidables, enviados de Méjico por Guatemotzin, con el objeto de encerrar á los españoles dentro de Xochimilco y obligarles á rendirse (1).

(1) «Una muy grande flota de canoas, que creo que pasaban de dos mil, y en ellas venian mas de doce mil hombres de guerra é por la tierra llegaba tanta multitud de gente, que todos los campos cubrian.»—Tercera carta de Cortés.

El veterano historiador, hablando de lo que vieron los que subieron al

El emperador azteca se habia propuesto no dejar á los hombres blancos ni un instante de reposo: presentarles un ejército tras de otro; una batalla apenas terminada la anterior; rendirles por el cansancio y la fatiga. Convencido de que, por esforzados que fuesen, su corto número iria desapareciendo poco á poco, hiriendo y matando en cada combate algunos, formó el plan de sostener continuos encuentros, sin mas interrupcion que aquella que mediase entre los últimos disparos y la llegada de los numerosos refuerzos que incesantemente mandaba. La proximidad que habia de la capital azteca á Xochimilco, favorecia el plan del activo monarca mejicano.

Hernan Cortés comprendió que las numerosas fuerzas que descubria por agua y tierra, le atacarian al brillar la luz del nuevo dia, pues la noche empezó á tender su negro manto en aquellos instantes, y no era la hora que elegirían los contrarios para una batalla. Sin embargo, previsor y cauto, bajó del *teocalli*, y dispuso su gente, como si esperase de un momento á otro el asalto. Situó en las acequias y canales avanzados, por donde pudieran acercarse las canoas, destacamentos de ocho y diez soldados; aumentó el número de centinelas; ordenó á los de caballeria que guardasen la calzada y tierra firme, teniendo los corceles ensillados y enfrenados, y él, acompañado de algunos capitanes, recorrió toda la noche los puntos mas

teocalli, pues él sin duda estaria de servicio abajo, dice: «Y desde allí vieron la gran ciudad de Méjico y toda la laguna, porque bien se señoreaba todo; y vieron venir sobre dos mil canoas que venian de Méjico llenas de guerreros, y venian derechos á donde estábamos.»

comprometidos en que se debía desplegar mayor vigilancia (1).

Las precauciones se hacian en aquellos momentos mas necesarias que lo habian sido otras veces. Se les habia acabado la pólvora á los arcabuceros, y esto quitaba al corto ejército una importante parte de su fuerza. Igual cosa habia sucedido con respecto á los ballesteros: casi todas las saetas de las ballestas se habian gastado durante el combate. Hernan Cortés mandó que se pusiesen á las que llevaban sin preparar, puntas de cobre, de que el ejército iba bien provisto. Pedro de Barba, que era el capitán de los ballesteros, activó el trabajo, sin descansar un solo instante de la noche.

Mientras los españoles se preparaban para recibir á sus contrarios, los mejicanos descansaban en sus campamentos, cubriendo toda la campiña con sus escuadrones. Solamente de vez en cuando llegaba á oídos de los centinelas castellanos, puestos en la parte que daba á la laguna, el ruido de los remos de algunas canoas que pasaban conduciendo á tierra jefes y capitanes aztecas.

Al rayar el alba, el ejército mejicano se puso en pié, y ansioso de medir sus armas con sus contrarios, penetró en la ciudad, atacando á los españoles en sus propios cuarteles. Hernan Cortés que habia previsto el caso y tenia dispuesta la tropa convenientemente, acometió con la ca-

(1) «Que hubiese muy buena vela en todo nuestro real, repartido á los puertos y acequias por dónde habian de venir á desembarcar, y los de á caballo muy á punto toda la noche, ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los capitanes, y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

balleria por un punto, mientras la infanteria y un cuerpo de tlaxcaltecas atacaban por otros á los aztecas. Destrozados estos despues de un reñido combate, en que lucharon con el valor que les distinguia, huyeron hácia el campo, dejando entre los muchos muertos que tuvieron en las calles, tres capitanes. El general español, á la cabeza de los ginetes, de algunos ballesteros y de quinientos tlaxcaltecas, siguió el alcance, haciendo estragos en los fugitivos, que se alejaban sin oponer ya resistencia. Muchos cayeron prisioneros, y entre ellos se encontraban cinco jefes principales.

Hernan Cortés se detuvo un instante con la infanteria para no fatigar los caballos, mientras algunos ginetes continuaban la persecucion. De repente se detuvieron. Un ejército de diez mil hombres que Guatemotzin habia enviado en apoyo del primer ejército, avanzaba hácia ellos. Los que se retiraban hicieron alto, y uniéndose á las tropas de refresco, presentaron batalla. Eran escuadrones de gente muy lucida y diestra en las armas. Muchos jefes y capitanes llevaban espadas españolas de las cogidas en la Noche Triste. Al detenerse, provocando al combate, blandian las hojas toledanas y aseguraban que con ellas se proponian exterminar á los hombres blancos (1).

Pronto llegó el general castellano con la caballeria y la mayor parte del ejército, al sitio en que se habian detenido

(1) «E los capitanes dellos, que venian delante, traian sus espadas de las nuestras en las manos... y decfannos muchas injurias, y amenazándonos que nos habian de matar con aquellas espadas, que nos habian tomado la otra vez en la ciudad de Tenuxtitan.»—Tercera carta de Cortés.

Hablando sobre el mismo encuentro, dice Bernal Diaz del Castillo: «Yendo

los ginetes á esperarle. Bastó á su clara inteligencia y talento militar un instante, para reconocer el terreno y calcular los movimientos que pudieran proporcionarle la victoria. Concebido el plan, dividió sus fuerzas en tres cuerpos, dando á sus capitanes las instrucciones necesarias para obrar de concierto. La batalla empezó con igual denuedo por una y otra parte. Los mejicanos, dando espantosos alaridos y sonando sus instrumentos bélicos, acometían con furia indecible á sus contrarios, que les recibían con las puntas de sus espadas y de sus largas lanzas, haciendo terribles estragos en ellos. Los oficiales españoles, siguiendo las instrucciones recibidas, iban cambiando de posición, sin que sus contrarios llegasen á sospechar que los movimientos eran debidos á una combinacion estratégica. De repente se vieron los aztecas acometidos por la espalda y los flancos por la caballería y un cuerpo de tlaxcaltecas, y arrollados por delante por la infantería española. Ya no les fué posible resistir. Comprendieron que la victoria era de los contrarios, y emprendieron la retirada, primero paso á paso; pero pronto, atropellados por la caballería, se declararon en completa fuga, dejando sembrado el campo de cadáveres. Destrozadas completamente las tropas aztecas, no pensaron en renovar el combate; y el ejército español volvió triunfante á la ciudad, llevando prisioneros á varios personajes mejicanos de los que se habían presentado en el combate armados de espadas españolas.

los de á caballo siguiendo el alcance, se encontraron con los diez mil guerreros que Guatemuz enviaba en ayuda é socorro de refresco de los que antes había enviado, y los capitanes mejicanos que con ellos venían traían espadas de las nuestras, haciendo muchas muestras de esforzados, y decían que con nuestras armas nos habían de matar.»

Dueños absolutos de la ciudad, se procedió á curar los heridos que eran muchos, y á tomar las medidas de precaucion que nunca descuidaba Hernan Cortés.

Nada habían dejado los habitantes de Xochimilco en la poblacion. Al prepararse para la defensa, habían conducido sus ricas telas de algodón, plumas y alhajas de oro, á unas casas inmediatas, edificadas sobre el agua, cruzadas por acequias y ligeros puentes.

Habiendo averiguado los guerreros tlaxcaltecas, por los prisioneros hechos en la poblacion, del sitio en que se hallaban las riquezas, avisaron á varios soldados españoles, y juntos marcharon á apoderarse de ellas. Cargados de despojos, volvieron á los cuarteles. La vista del botín despertó la codicia de otros soldados. Inmediatamente se dirigieron en busca de los objetos que anhelaban. Cuando se ocupaban en coger lo que mas llamaba su atencion, los indios, que desde lejos habían observado todo, se acercaron con sus canoas, sin ser vistos, saltaron de repente en tierra, sorprendieron á cuatro españoles, que iban cargados de despojos, y sin darles lugar á que sacaran sus espadas, se apoderaron de ellos, les metieron en las canoas y los llevaron prisioneros (1).

Profunda tristeza causó en el ejército la desgracia de aquellos cuatro desventurados. Si hubieran muerto en el combate, no hubiera causado su pérdida la pena que produjo al verles conducir prisioneros. Sabida era de todos la horrible suerte que les esperaba: el ser sacrificados en los

(1) «Y llamábanse los que llevaron Juan de Lara, y el otro Alonso Hernandez, y de los demás no me acuerdo sus nombres, más sé que eran de la capitania de Andrés de Monjaraz.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.